



SENAULT

SERMONES

Panegyrici

.I.

BX1756

.S45

1784

v.1

c.1

132603

SERMONES PANEGYRICOS
DE LOS SANTOS MAS CELEBRADOS
EN LA IGLESIA,

COMPUESTOS POR EL R. P. JUAN FRANCISCO
SENAULT, PRESBITERO DEL ORATORIO DE JESUS
DE LA CORTE DE PARÍS.

TRADUCIDOS DEL FRANCES AL CASTELLANO

POR EL R. P. FR. ISIDRO ANTONIO HURTADO,
Agustino Calzado, Maestro en Sagrada Teología de los
del Número de esta Provincia de Castilla, Procurador
General de ella, Visitador que ha sido de los Conventos
de Castilla la Nueva, Exáminador de la Sacra Asamblea,
y Consultor del Serenísimo Señor Infante D. Gabriel, &c.

CON UNA TABLA DE LOS PENSAMIENTOS,
y materias contenidas respectivamente en cada tomo, para
uso de los Predicadores, hecha por el Autor de la
Obra, y acomodada por el Traductor.

TOMO PRIMERO.

DEDICADO AL SERENISIMO SEÑOR
DON LUIS ANTONIO JAYME, INFANTE
DE ESPAÑA, &c. &c. &c.



CON LICENCIA.

En Madrid: Por Blas Román, Impresor de la Real Academia de
Derecho Español y Público. Año de M DCC LXXXIV.

Se hallará en la Librería de Manuel Godos, en las Gradas de San Felipe el Real.

46157

Bx1756

.545

1784

v. K. COLO.

c. 1



1080046105

TRADUCCION DEL FRENTE AL CASTELLANO
 POR EL P. F. RAYNO ANTONIO URUADO,
 Religioso de este Monasterio de San Basilio, y de
 la Orden de San Francisco de Asis, y de la
 Compañia de San Francisco de Asis, y de la
 de San Basilio de la Nueva Espana, y de la
 y Compañia del Serenissimo Señor Infante D. Gabriel, 2.^o

CON UNA TABLA DE LOS BENEFICIOS,
 y de las comunidades respectivas en cada uno de
 los Reynos de España, hechas por el autor de
 esta obra, y aprobadas por el Tribunal de
 Oydor y Acordada de la Real Audiencia de
 Madrid, y de la Real Academia de la Lengua.

TOMO PRIMERO.

DEDICADO AL SERENISSIMO SEÑOR
Don Luis Antonio Jara, Infant

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LON
 CAROLINA ALFONSO DE BORBON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 MICROFILMADO Rollo-5

CON LICENCIA

IN Madrid: Por Luis Román,
 Director Español y Público.
 FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
 DEL ESTADO DE NUEVO LON
 132603



DEDICATORIA.

SERENISSIMO SEÑOR:

COMO en la tierra no hay cosa alguna que sea digna de V. A. se ven precisados, los que le han de hacer algun Presente, irle à buscar al Cielo. En esta inteligencia, y en la de que las heroicas virtudes de los Santos, que reynan con Dios, estimulan visiblemente los deseos que animan à V. A. para conseguir su imitacion, y acrecentar su numero; no solamente no he dudado del acierto, por lo respectivo al Dón que en esta Obra le consagro; sino que estoy viendo ya los sezonadisimos frutos, que el tierno corazon de V. A. como Abeja laboriosa, ha de sacar

de este copiosísimo pensil de las virtudes christianas. A esto se añade, que el mismo Presente, y con la misma satisfaccion, y confianza consagró el Autor de estos Panegyricos à la Reyna Christianísima, Augusta Abuela de V. A. quando, por la vez primera, salieron à ver la luz pública en el Idioma Francés, por lo que no debian, ni podian volverla à ver en el Castellano, sino baxo la proteccion de sus Augustísimos Nietos. Y como V. A. hallandome de Visitador en ese Convento de la Villa de Arenas, me honró varias veces, con la permission de ponerme à sus Reales Pies, franqueandome privadamente unos favores que no se podian borrar de mi memoria, no hallé otro medio de satisfacer en públi-

blico la obligacion que habia contrabido en secreto, que la de presentarle un Dón, que por tantos titulos le es debido. Mirele, pues, V. A. como suyo, para que el Público no repare en los defectos que tiene como mio.

Serenísimo Señor:

A los Reales Pies de V. A.

Fr. Isidro Antonio Hurtado,
del Orden del gran Padre San
Agustin.

AD.

ADVERTENCIA AL LETOR.

LOS Panegyricos de este Sabio y eloquentísimo Predicador, que floreció en España en el Siglo diez y siete, pasando à Francia fue Predicador ordinario de la Reyna Christianísima; tienen en su propio y solidísimo merito toda la recomendacion que puede acreditar una obra de esta naturaleza. Los argumentos de sus Discursos son naturales, sencillos, y solidos; porque ò son las palabras mismas del thema que se propone, ò de él se deducen inmediatamente: pero las sentencias, la erudición, la abundancia de pensamientos, y la gracia con que los vierte, son muy singulares. Los Santos que elogia, son aquellos, que se celebran con visible pompa en toda la Catholica Iglesia; por lo que interesa mucho esta obra à todas las Naciones. Lleva asimismo en toda ella el orden que observa la misma Iglesia en la celebracion de sus Santos según el año Eclesiástico. Por manera, que atendida la gran copia de sus Sermones; la uniformidad con que se celebran en todos los Reynos los Santos que en ellos se elogian; las innumerables pinturas de las virtudes christianas que contienen; las sentencias frequentísimas del texto sagrado y de los Santos Padres, con qué corrobora sus multiplicados pensamientos; y el copioso índice de todas estas preciosidades, que facilita su aplicacion à toda clase de Oraciones así panegyricas como morales; constituyen esta obra de mucha utilidad para toda clase de personas;

ed-

pero en particular para los Parrocos, y demás Predicadores Evangelicos, que en sola ella hallarán quanto puedan desear, para desempeñar su obligacion, con visible utilidad de sus auditores. En la traduccion, se ha procurado no defraudar al original de cosa alguna substancial; pero se le añaden algunas voces, que en él no se hallan, para hacer mas naturales las ilaciones, transiciones, propuestas de pensamientos, y principios de narraciones. Pero reducido todo ello à una voz, à un adjetivo, adverbio, ilacion ò particula, con el fin de acomodar mejor su elocucion à nuestro Idioma. VALE.

INDICE

Sermon de San Nicobis de Bari	101
Sermon de San Nicolas de Bari	102
Sermon de San Nicolas de Bari	103
Sermon de San Nicolas de Bari	104
Sermon de San Nicolas de Bari	105
Sermon de San Nicolas de Bari	106
Sermon de San Nicolas de Bari	107
Sermon de San Nicolas de Bari	108
Sermon de San Nicolas de Bari	109
Sermon de San Nicolas de Bari	110
Sermon de San Nicolas de Bari	111
Sermon de San Nicolas de Bari	112
Sermon de San Nicolas de Bari	113
Sermon de San Nicolas de Bari	114
Sermon de San Nicolas de Bari	115
Sermon de San Nicolas de Bari	116
Sermon de San Nicolas de Bari	117
Sermon de San Nicolas de Bari	118
Sermon de San Nicolas de Bari	119
Sermon de San Nicolas de Bari	120
Sermon de San Nicolas de Bari	121
Sermon de San Nicolas de Bari	122
Sermon de San Nicolas de Bari	123
Sermon de San Nicolas de Bari	124
Sermon de San Nicolas de Bari	125
Sermon de San Nicolas de Bari	126
Sermon de San Nicolas de Bari	127
Sermon de San Nicolas de Bari	128
Sermon de San Nicolas de Bari	129
Sermon de San Nicolas de Bari	130
Sermon de San Nicolas de Bari	131
Sermon de San Nicolas de Bari	132
Sermon de San Nicolas de Bari	133
Sermon de San Nicolas de Bari	134
Sermon de San Nicolas de Bari	135
Sermon de San Nicolas de Bari	136
Sermon de San Nicolas de Bari	137
Sermon de San Nicolas de Bari	138
Sermon de San Nicolas de Bari	139
Sermon de San Nicolas de Bari	140
Sermon de San Nicolas de Bari	141
Sermon de San Nicolas de Bari	142
Sermon de San Nicolas de Bari	143
Sermon de San Nicolas de Bari	144
Sermon de San Nicolas de Bari	145
Sermon de San Nicolas de Bari	146
Sermon de San Nicolas de Bari	147
Sermon de San Nicolas de Bari	148
Sermon de San Nicolas de Bari	149
Sermon de San Nicolas de Bari	150
Sermon de San Nicolas de Bari	151
Sermon de San Nicolas de Bari	152
Sermon de San Nicolas de Bari	153
Sermon de San Nicolas de Bari	154
Sermon de San Nicolas de Bari	155
Sermon de San Nicolas de Bari	156
Sermon de San Nicolas de Bari	157
Sermon de San Nicolas de Bari	158
Sermon de San Nicolas de Bari	159
Sermon de San Nicolas de Bari	160
Sermon de San Nicolas de Bari	161
Sermon de San Nicolas de Bari	162
Sermon de San Nicolas de Bari	163
Sermon de San Nicolas de Bari	164
Sermon de San Nicolas de Bari	165
Sermon de San Nicolas de Bari	166
Sermon de San Nicolas de Bari	167
Sermon de San Nicolas de Bari	168
Sermon de San Nicolas de Bari	169
Sermon de San Nicolas de Bari	170
Sermon de San Nicolas de Bari	171
Sermon de San Nicolas de Bari	172
Sermon de San Nicolas de Bari	173
Sermon de San Nicolas de Bari	174
Sermon de San Nicolas de Bari	175
Sermon de San Nicolas de Bari	176
Sermon de San Nicolas de Bari	177
Sermon de San Nicolas de Bari	178
Sermon de San Nicolas de Bari	179
Sermon de San Nicolas de Bari	180
Sermon de San Nicolas de Bari	181
Sermon de San Nicolas de Bari	182
Sermon de San Nicolas de Bari	183
Sermon de San Nicolas de Bari	184
Sermon de San Nicolas de Bari	185
Sermon de San Nicolas de Bari	186
Sermon de San Nicolas de Bari	187
Sermon de San Nicolas de Bari	188
Sermon de San Nicolas de Bari	189
Sermon de San Nicolas de Bari	190
Sermon de San Nicolas de Bari	191
Sermon de San Nicolas de Bari	192
Sermon de San Nicolas de Bari	193
Sermon de San Nicolas de Bari	194
Sermon de San Nicolas de Bari	195
Sermon de San Nicolas de Bari	196
Sermon de San Nicolas de Bari	197
Sermon de San Nicolas de Bari	198
Sermon de San Nicolas de Bari	199
Sermon de San Nicolas de Bari	200

IN-

INDICE
DE LOS SERMONES DE ESTE

primer Tomo:

S ermon de Jesu Christo, dia de la Encarnacion.....	Fol. 1.
Sermon de la Virgen, dia de la Anunciacion.....	30.
Sermon de San Andrés.....	60.
Sermon de San Nicolás de Bari... ..	83.
Sermon de Santo Tomás.....	106.
Sermon de San Estevan.....	129.
Sermon de San Juan Evangelista..	152.
Sermon de los Santos Inocentes..	175.
Sermon de San Francisco de Sales.	199.
Sermon de Santa Genoveva.....	224.
Sermon de San Antonio Abad.....	248.
Sermon de San Mauro.....	273.
Sermon de Santa Ines.....	303.
Sermon de San Vicente Martyr....	331.
Sermon de la Conversion de San Pablo.....	357.
Sermon de Santa Escolastica.....	383.

DE-

DEDICATORIA

DEL AUTOR

A LA REYNA CHRISTIANISIMA.

SEÑORA:

YO emprendo en esta Obra dos cosas, tan justas, como dificiles: una es, formar el Panegyrico de los Santos, publicando las virtudes de estos grandes hombres, que vivieron con nosotros en la tierra, y al presente reynan con los Angeles en el Cielo: la otra es, bolver à vuestra Magestad lo que la debo, y cumplir con un solo presente todas mis obligaciones. Estos dos proyectos son igualmente justos; porque si debo yo dar alabanzas à mis Protectores, tambien debo ofrecer obsequios à mi Soberana. Mas la justicia de estas dos obligaciones no disminuye su dificultad. Y

asi como es casi imposible à un miserable viador descifrar la felicidad de los bienaventurados , asi tambien es dificilissimo à un vasallo satisfacer lo que debe à la Magestad de una Reyna. Los Santos son tan elevados por su condicion sobre los demás fieles , que por mas esfuerzos que estos hagan , no pueden , ni declarar su merito , ni representar su dicha. Los Soberanos son tan realzados por su qualidad sobre sus vasallos , que por mas cuidados que estos empleen , ni pueden publicar su grandeza , ni reconocer su bondad. Sin embargo , Señora , yo he intentado allanar aqui estas dos dificultades. He buscado , digo , pensamientos y palabras para formar Panegyricos à los mas illustres de nuestros Santos ; y arreglandome por la piedad de la Iglesia , he compuesto el elogio de estos Heroes , à quienes ella solemniza. Qualquier suceso , pues , que pueda tener tan ardua empresa , creo será siempre glorioso à estos valerosos Soldados , que han triunfado del

demonio y del pecado. Y si yo huviese logrado la dicha de descubrir sus virtudes , y notar el caracter que distingue à unos de otros , havré sin duda , contribuido à su honor , y satisfecho mi obligacion y mi deseo. Mas si mis talentos (como justamente puedo temer) se huviesen agoviado con el peso de tan gran proyecto ; en tal caso ensalzaré la grandeza de los Santos por mi propia incapacidad , y pequenez para elogiarlos ; sacrificando mi reputacion à su gloria , y haciendo ver à todo el mundo , que sus merecimientos exceden todas mis alabanzas. Despues de haverme desembarazado de esta primera deuda , trabajo , Señora , para dar satisfaccion à la segunda ; y empleo todas las virtudes de estos mismos Santos , para debolver à V. M. lo que le debo. Confieso , que hay pocas personas en Francia , que seah tan deudoras como yo à V. M. : porque la Providencia Divina , que arregla todos los movimientos y sucesos de nuestra vida , me hizo na-

cer en los Estados del difunto Rey Felipe vuestro padre, y si mi nacimiento me obliga à veneraros como à la hija de mi Soberano, haviendome la misma providencia conducido desde mi cuna à Francia, me ha hecho segunda vez vasallo vuestro; pues me ha dado al difunto Rey vuestro esposo y al actual Rey vuestro hijo por mis legitimos Soberanos. Pero sin hacer os presente las obligaciones que me son comunes con Franceses y Españoles, tened à bien referir otras que me son particulares; y que os diga aqui con todo el reconocimiento de que soy capaz, que vos me habeis honrado con vuestra proteccion; que habeis apreciado oír la palabra de Jesu-Christo en mi boca; que habeis oido parte de los Panegyricos que os ofrezco; y que por un exceso de bondad les habeis vos misma dado la aprobacion. Permitid, Señora, los emplee en reconocimiento de esta gracia, y que me valga de los merecimientos de todos estos Santos, para satisfacer lo que debo à V. M. Me atrevo à

decir, que no se os puede oír cosa mas excelente; y que en los elogios de estos Santos hallará V. M. todos los preceptos de la Moral, y todos los secretos de la Política christiana. Verá en ellos al Santo de los Santos Jesu-Christo, que para honrar à su Padre, y salvar à los hombres, se hace su esclavo y su víctima. Verá à la Reyna de los Santos, que consagra à Dios su virginidad; y que por un milagro que admira la tierra, une la qualidad de Madre con la de Virgen. Verá al gran Bautista, que enseña à todos los Reyes à humillarse ante el Hijo de Dios, y à sacrificar toda su gloria à la gloria de este Señor. Verá à los Apostoles que fundan la Iglesia con sus trabajos, que la instruyen con su predicacion, y que contra las leyes de la naturaleza, la fecundizan con su muerte. Verá à los Martyres, que vencen los tormentos con su paciencia, y con su valor; que rubrican la confesion de la Fé con su sangre, y que pierden su vida por la gloria de su Soberano.

Verá à los Doctores, que defienden la verdad, que combaten la mentira, y que vengan à la Iglesia de las heregias que han intentado dividirla. Verá à los Patriarcas, que han establecido las Ordenes sagradas, y que por una extraña maravilla han hermanado la penitencia con la inocencia, la soledad con la sociedad, y la pobreza misma con la abundancia. Verá, en fin, à las ilustres Santas, que han superado la debilidad del sexo por la fuerza de la caridad; que han menospreciado las ventajas de su espíritu y de su cuerpo, por hacerse humildes esclavas del Hijo de Dios; y que han llegado à tan subido punto de perfeccion, que han hecho ver al todo el mundo, que todo lo puede emprender la flaqueza, quando es fortificada por la gracia. Estos son, Señora, los ricos tesoros, y éstas las preciosas reliquias, y éstas las resplandecientes virtudes, que le ofrezco à V. M. la fin de que todo lo mas grande y mas ilustre que hay en la Iglesia, sirva para

publicar mi gratitud y fidelidad. Pero por mas desvelos que ponga, por mas esfuerzos que haga para dar cumplimiento à una obligacion tan justa, y creo se me diga, que nada doy à V. M. que no le pertenezca: porque V. M. no ha esperado à leer estos Panegyricos, para tratar con los Santos. Los tiene à la vista continuamente en su Oratorio. Los venera, y se encomienda à su proteccion en los Templos, imita en todas las acciones sus virtudes; y siendo la hija primogenita de la Iglesia, tiene derecho sobre todos los bienes de su madre. Mas quando yo no ofrezca otra cosa, que la que ya posee, no dexaré de hacer un presente indigno de V. M. y de imitar en esto à la Religion, que no dá à Dios cosa alguna, que no haya recibido de él. No hay, Señora, cosa que pertenezca mas al Padre Eterno, que su hijo. El está siempre procediendo de su Padre, y siempre residiendo en su seno. El es la expresion de sus grandezas, y el caracter de su subs-

tancia. Y esto no obstante, todos los dias le ofrecemos este Hijo unico sobre sus Altares. De su persona hacemos nuestra victima y nuestra ofrenda; y empleamos todos sus merecimientos para aplacar la paternal indignacion. Y asi, permitid, Señora, que siguiendo el exemplo de la Iglesia, os ofrezca aquello mismo que os pertenece; que presentandoos las virtudes de todos los Santos, à quienes he elogiado, os ofrezca una cosa que es mayor que vuestro Reyno; y que explicandome por aquellas bocas, que han sido interpretes del Espiritu Santo, os diga con respeto y verdad, que tanto por mi inclinacion, como por mi obligacion y nacimiento soy,

Señora, de V. M.

muy humilde, muy obediente, y muy fiel servidor y vasallo,

Senault, Presbitero del Oratorio de Jesus.

PRE-

PREFACIO.

NADIE ignora que el Panegyrico es la obra principal de la eloquencia, y que el Orador hace su elogio siempre que hace con felicidad el de los otros. Plinio se adquirió tanta reputacion en el Panegyrico que informó de Trajano, como la que en esta pieza dió à la memoria de este gran Príncipe. Y siempre que vemos este precioso monumento de la eloquencia Romana, no veneramos menos al Autor que al Heroe. Yo descubro con tanta claridad en esta pieza el genio de Plinio, como el genio de Trajano; y no manifiesta aquel Sabio alguna virtud de este Emperador, sin que al mismo tiempo señale alguna de las suyas. Ciceron no trabajó menos para su gloria, que para la de Cesár, en aquellas dos Arengas, en que dió tantas alabanzas à este Conquistador, y donde para ensalzar su clemencia, persuadió con la posible eficacia, que havia sido vencedor hasta de sí mismo, por haver perdonado à sus

Tom. I.

B

ene-

enemigos. Estos dos Panegyricos miro yo como à los triunfos de Ciceron; y me persuado que este Orador excelente consigue en ellos la victoria sobre aquel que acababa de domar à Roma, y sujetar à su Imperio el Universo. Y pasando de Oradores profanos à sagrados; jamás sin admiracion; leí los divinos elógijs que dá el Eclesiástico à los Profetas, y à los hombres grandes que le havian precedido. Me parecen sus invenciones tan ricas; sus expresiones tan nobles; y sus figuras tan juiciosas y valientes; que no halló dificultad en creer que era un Dios el que se explicaba por la boca de un hombre mortal. No ha distribuido en sus obra alabanza alguna; que no resalte sobre él; y yo admiro su eloqüencia siempre que admiro la virtud del sugeto à quien elogia. No sé si es efecto de la debilidad de mi entendimiento; ó de la fuerza de la eloqüencia de este insigne hombre: pero me es preciso confesar que no me parece Moyses tan poderoso quando despre-

cia la grandeza de Faraon, quando subleva toda la naturaleza contra él, quando arma à las moscas contra sus soldados, y quando manda à las langostas destruir à todo Egipto, como quando veo en este divino Panegyrista lo brillante y pomposo de sus escritos. Josué no es para mi gusto tan maravilloso quando detiene el Sol, que declinaba à su Occidente, obligando à este hermoso Astro à prestarle su luz para finalizar la derrota de sus enemigos; como el Eclesiástico quando nos representa este prodigio; y emplea su eloqüencia para describir este milagro. Elias, y su discipulo Eliseo, no me admiran tanto quando caminan sobre las aguas, quando cierran los Cielos, y suspenden sus influencias, ó quando abren los sepulcros, y sacan de sus entrañas los cadáveres; como este Orador incomparable quando nos pinta todas las bellezas, y todas las maravillas de estas acciones milagrosas.

San Juan Chrysostomo, digno Panegyrista de San Pablo, me ha comunica-

do, con la admiracion, el amor à este Santo Apostol. Y aunque las epistolas de éste me huviesen arrebatado por la profundidad de los Mysterios que contienen, confieso no haver conocido à San Pablo hasta que leí los elogios que hace de él esta Boca de oro. Por lo que es preciso decir, que San Juan Chrysostomo se dibujó à sí mismo retratando à este Apostol; y que nos dexó imágenes tan vivas de su eloqüencia, como del zelo y del amor que San Pablo tenia por el Hijo de Dios. Pero hablando de Oradores, no olvidemos à San Cipriano; y confesemos que aunque no hizo el mayor aprecio de su eloqüencia despues de su conversion, se ven no obstante hermosisimas reliquias de ella en sus escritos. Solamente la epistola à Donato, nos obliga à juzgar lo grande que era en la Oratoria este insigne Maestro: alaba la virtud en esta carta con tanta gracia, y con tal fuerza, como vitupera el vicio. Me admiro cómo esta eloqüente pieza no convirtió desde aquel punto toda el Africa,

Aunque San Agustin sea mas docto que eloqüente, y tenga mas de Filosofo que de Orador; sin embargo, quando quiere hace ver que havia enseñado la Retórica en Cartago, en Roma y en Milan; y que no havia olvidado esta Arte victoriosa, quando la hacia triunfar de la libertad de los oyentes. Y asi es muy cierto, que en los fragmentos que aun conservamos de los excelentes Panegyricos que hizo de los Santos, hallamos tanto artificio y hermosura como en los Panegyricos que en otro tiempo hicieron Ciceron y Plinio de Cesar y de Trajano. Concluyamos, pues, de este razonamiento, que no hay cosa mas hermosa que el Panegyrico; que es el ultimo esfuerzo de la eloqüencia; y que el Orador se corona à sí mismo quando compone guirnaldas para otros.

Pero confesemos al mismo tiempo, que el Panegyrico es un escollo donde la eloqüencia y la reputacion del Orador padecen freqüentemente un triste naufragio: que muchas veces se vitu-

péra à sí mismo queriendo alabar à otros: que descubre sus defectos, quando procura manifestar sus virtudes, y se dá la muerte el mismo que les intenta dar la vida. Las causas de estas desgracias son tan multiplicadas como evidentes: cada uno sabe muy bien que todo lo bueno es arduo; y que es necesario ser grande Orador para ser dichoso en la composicion de aquellas piezas, que son las capitales obras de la eloqüencia. El vituperar es mas facil que el aplaudir; y los hombres son ingeniosos en las invectivas, y estériles en los Panegyricos. Las injurias por otra parte son mejor recibidas que las alabanzas, y casi todos nós persuadimos luego, de que aquellas son verdaderas, y estas falsas. La envidia, que nació en el hombre con la miseria, nos persuade que la reprehension que se dá à los otros, ensalza nuestra virtud; y que el aplaudirlos es lo mismo que obscurecer y deprimir nuestro merito; y como tenemos cerrados los ojos para ver el merito ageno,

asi

asi tenemos tambien obstruidas las orejas para escuchar sus alabanzas. Todo lo que honra al proximo nos hiere; y como si fuéramos tan avarientos de gloria como de los otros bienes, juzgamos que se nos quita todo lo que à él se le dá; y que no se le puede hacer un obsequio, sin que se nos haga una injusticia. No digo mas, porque uno de los hombres mas eloqüentes de este Siglo ha explicado este punto admirablemente en un Prefacio, en el qual se ha hecho à sí mismo un eterno Panegyrico, manifestando las razones que hacen el Panegyrico difícil. Sin embargo, es necesario confesar que en los Panegyricos de los Santos no se hallan todas estas dificultades; porque como nosotros no tenemos para con éstos Heroes de la Iglesia sino una continua veneracion, no nos chocan sus elogios, antes bien los escuchamos con respeto; la piedad patrocina entonces la eloqüencia, y nos persuade que los hombres que reynan con Dios son superiores

-puòs

à

à las alabanzas. La muerte, que los ha separado de nosotros, los ha hecho esentos de la envidia; y el Cielo que los ha hurtado à la tierra, nos ha inspirado la veneracion à sus personas. Honramos sus virtudes à manera de unas reliquias vivientes: los tomamos por nuestros modelos; los elegimos por nuestros abogados y protectores: y la fé que cautiva nuestro entendimiento, nos obliga à reverenciar sus merecimientos, como à adorar nuestros Misterios. *p. 15. no. oia*
Pero sin la disposición de nuestros oyentes hace el Panegyrico de los Santos mas facil que el de los Principes, la misma disposicion le hace al mismo tiempo mas difícil; porque como los que nos escuchan saben que los Santos han vencido al demonio y al pecado, que han sujetado sus pasiones, que han huido de los honores y de las delicias; y que por recompensa de todas estas acciones heróycas, gozani al presente de la gloria, esperan oír unas alabanzas extraordinarias, y no se ofenden tanto de nuestra abun-

abundancia, como de nuestra esterilidad, ni de nuestro exceso, como de nuestra moderacion. Por cuyo motivo nos vemos obligados à buscar nuevos artificios, y figuras desconocidas à los antiguos Oradores, para aplaudir à los Santos, los quales, no teniendo nada humano, ni de mortal, deberian antes ser tratados como Dioses, que como hombres. Añadid à todas estas dificultades que la mayor parte de nuestros Santos no nos son desconocidos; que han vivido en unos siglos muy distantes del nuestro; que siempre se ocultaron cuidadosamente à los ojos del mundo; que la gracia que obra su merito, reside en el interior, y no siempre se manifiesta por defuera; que el caracter que los distingue entre sí es dificultosísimo de descubrir; y que las acciones que ellos hacian en público eran casi todas semejantes. *gido con esbibiv*
Y si remontandonos desde la tierra al Cielo, intentamos hablar de su gloria; su resplandor nos ciega, su grandeza nos espanta; y la Escritura misma, que *at* Tom. I. C ha-

habla de ella con tanta admiracion, nos
 cierra la boca. Porque en acordandonos
 que expresamente dice, que el espíritu
 del hombre no puede comprehender lo
 que Dios tiene preparado a los que le
 sirven; es necesario que recurramos al
 espanto y al silencio; y que confesemos
 que solamente aquel que hace los Santos,
 puede alabarlos dignamente. Por esto me
 veo precisado a reconocer, que en los
 Panegyricos que ofrezco al Público no
 pretendo añadir alguna cosa a la gloria
 de los que la tienen en el mismo Dios.
 Ni deseo que se juzgue de su merito por
 las débiles alabanzas que yo les doy;
 pues no soy tan temerario que juzgue
 poder producir alguna cosa que sea igual,
 o que se acerque a su virtud.

Mi designio ha sido imitar la piedad
 de la Iglesia, que celebrando sus festi-
 vidades, nos obliga a formar sus Pane-
 gyricos; y dándoles alabanzas en su
 Oficio, nos convida a darselas también
 en nuestros discursos. He intentado bus-
 car sus diferencias; y el caracter que

distingue a unos de otros, en quanto me
 lo han permitido las tinieblas de la tier-
 ra; pues como sé que las Estrellas son
 diferentes en influencia y en luz; así
 también he creído, que los Santos eran
 diversos en gracias y en mérito; y que
 alabandolos por lo que tenían de parti-
 cular, sería manifestar sin injusticia lo
 que les dá la ventaja que unos tienen
 respecto de otros; y que ha obligado a
 la Iglesia a decir de cada uno de ellos:
Non est inventus similis illi. Mas por
 quanto las alabanzas de los Santos deben
 ser mas sólidas que las de los Principes;
 he puesto mas cuidado en ensalzarlos
 por medio de las razones, que de las fi-
 guras; y he sido mas atento a buscar
 buenos pensamientos, que hermosas pa-
 labras. Sin embargo, no he menospre-
 ciado todos los ornatos, pues arreglan-
 dome a los Padres de la Iglesia, a quie-
 nes he tomado por modelos, me he ser-
 vido algunas veces de aquellos mas be-
 llos rasgos de los Profanos, y he dedica-
 do estos despojos a los Altares de estos

ilustres vencedores, cuyo triunfo descri-
bia. Si he sido dichoso en obra tan difi-
cil, no es mia la gloria, sino de Dios
que me ha inspirado el deseo, y de los
Santos que han subministrado la mate-
ria. Si por el contrario me hubiese ago-
viado el peso de una obra tan grande,
tendré la satisfaccion (como ya he dicho
en otra parte) de que mi pequenez y de-
bilidad haya contribuido de algun modo
al hõnor de los Santos; persuadiendo à
todo el mundo que sus merecimientos
son superiores à todos los esfuerzos de la
eloqüencia. Si huviere en fin intentado
inútilmente dar à los Santos alabanzas,
havré à lo menos ensalzado su gloria
por la pérdida de mi reputacion.

SER-

S E R M O N

DE JESU-CHRISTO

EN EL DIA DE LA ENCARNACION.

*Verbum caro factum est, & habitavit in
nobis. Joannis cap. I. v. 14.*

ODOS los Mysterios que venera
nuestra Christiana Religion son tan
superiores al humano entendimiento,
que para manifestar sus excelencias,
y explicar sus maravillas; no tene-
mos otro medio que el de la admiracion, y el del
silencio. Mas como el de la Encarnacion es su-
perior, y aun origen de todos los demás, juzgó
San Agustin, que para explicar debidamente sus
grandezas, era necesario que el mismo Verbo, que
havia encarnado en el casto seno de la Virgen,
encarnase de nuevo en el corazon; y en la boca
de los Predicadores, purificando sus labios, y ele-
vando sus pensamientos, para que pudiesen ha-
blar divinamente de un Mysterio todo divino. Con
que si esta condicion es necesaria; si es necesari-
o,